
La resurrección de la contrainsurgencia

Michael T. Klare

Contrainsurgencia: quizás ninguna otra palabra describe tan claramente las prioridades militares de la década de 1960, ese periodo en el que la obsesión del presidente Kennedy por la guerrilla nos llevó inevitablemente a la guerra en Indochina. Después de Vietnam, ninguna palabra desapareció tan rápidamente del léxico militar, al adoptar Washington una nueva política exterior basada en la negociación y en la no-intervención. En lugar de ocuparse de los problemas creados por los combates “tipo escaramuza” y de las operaciones “no convencionales”, el Pentágono se dedicó a revitalizar a la OTAN y a atender a otras prioridades del periodo posterior a la guerra de Vietnam. Pero ahora que la administración de Reagan vuelve a subrayar la importancia de enfrentarse con la amenaza de un conflicto revolucionario en el Tercer Mundo, una vez más la contrainsurgencia se ha puesto de moda en Washington.

Tal como quedó definida por los asesores de Kennedy, por contrainsurgencia se entiende el conjunto de esfuerzos políticos, económicos y militares llevados a cabo por los Estados Unidos con el fin de derrotar a guerrilleros revolucionarios en el medio ambiente que ellos suelen preferir (normalmente tropical). Para dirigir estas operaciones, el Pentágono estableció un gran número de organizaciones “especiales”, que incluían las Fuerzas Especiales del Ejército (las “boinas verdes”), los comandos llamados SEAL (por “sea”, “air”, “land”, es decir: “mar”, “aire” y “tierra”) de la Marina de Guerra y la Fuerza de Operaciones Especiales de las Fuerzas Aéreas (SOF: Air Force Special Operations Force). Cuando la contrainsurgencia estaba en su apogeo, esas unidades fueron desplegadas en muchísimos países, incluyendo Bolivia, Guatemala, El Salvador,

Tailandia, Indonesia, Laos y las Islas Filipinas. Pero después de Vietnam, muchas de estas unidades fueron disueltas, o bien sus fuerzas reducidas, y aquéllas que sobrevivieron abandonaron la contrainsurgencia para dedicarse a operaciones más afines con los nuevos tiempos. Desde el inicio de la crisis de los rehenes norteamericanos en Irán, sin embargo, se ha observado un impresionante renacimiento del interés en las operaciones especiales. Como señaló en diciembre el representante Charles E. Bennett, miembro del Comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes: "Muchos acontecimientos ocurridos recientemente en distintas partes del mundo deberían llevarnos a creer que las fuerzas de guerra no-convencional pueden volverse cada vez más importantes en nuestra estrategia de defensa".

El nuevo interés en la contrainsurgencia empezó a despertarse durante los últimos meses de la administración de Carter, hecho ejemplificado por el aumento en la ayuda norteamericana prestada a las fuerzas del gobierno en El Salvador; pero desde que el presidente Reagan llegó a la Casa Blanca, ha recibido un impulso adicional. Jeane Kirkpatrick, la persona elegida por Reagan para ser embajadora norteamericana ante las Naciones Unidas, hizo ya la advertencia de que la nueva administración sería muchísimo más enérgica que la anterior para combatir a los guerrilleros "castristas" en Centroamérica. El 28 de enero, el secretario de estado, Alexander Haig, explicó a los reporteros que el "terrorismo internacional" —eufemismo utilizado por la administración para referirse al conflicto revolucionario e insurgente— "será ahora nuestra preocupación en lugar de los derechos". Y otro asesor de Reagan, Roger Fontaine, del Instituto "American Enterprise", informó al *Miami Herald* que si con el aumento de ayuda militar no se lograba eliminar la amenaza

representada por los guerrilleros a los regímenes pronorteamericanos, "la utilización de la fuerza militar es una posibilidad" que Reagan "siempre tendrá que tomar en cuenta".

Aunque el nuevo encaprichamiento por la contrainsurgencia no ha alcanzado todavía las dimensiones que asumió durante la época de Kennedy, hay muchos indicios de su vitalidad:

—Los jefes del Estado Mayor han establecido en Fort Bragg un nuevo Mando Conjunto de Operaciones Especiales (JSOC) para coordinar las actividades de las distintas unidades "especiales" de las fuerzas armadas. La creación del nuevo mando, que ha de estar encabezado por el General de Brigada Richard A. Scholtes, del 18º cuerpo aerotransportado del ejército, parece indicar que existe un nuevo interés en la contrainsurgencia en los niveles más altos del Pentágono.

—A pesar de las protestas formuladas por líderes religiosos y por activistas de los derechos humanos, la Casa Blanca (primero bajo Carter y ahora bajo Reagan) ha enviado a El Salvador armas y equipo que valen millones de dólares y ha desplegado un gran número de especialistas en la contrainsurgencia para ayudar a las tropas gubernamentales en su lucha contra las fuerzas guerrilleras. Reagan piensa también aumentar la ayuda militar norteamericana a Honduras, Guatemala y a otros países centroamericanos que se enfrentan con insurrecciones insurgentes.

—En otras partes del Tercer Mundo, la ayuda norteamericana está llegando nuevamente a dictaduras de derecha que deben enfrentar movimientos guerrilleros nacionales. En la nueva solicitud de ayuda militar (para el año fiscal 1982) figurarán aumentos sustanciales para Tailandia, Indonesia y las Islas Filipinas, países todos ellos que desde hace mucho

tiempo, y apoyados por la contrainsurgencia norteamericana, se han dedicado a hacer campañas en contra de disidentes domésticos; también se asignarán nuevas inversiones para países como Omán, Túnez y Marruecos.

—Después de dar prioridad durante años a los países de la OTAN sin decir casi nada, el Pentágono ha intensificado el entrenamiento de tropas para combates guerrilleros. En Guam, los infantes de la marina han establecido una nueva base de entrenamiento en la que se reproducen combates en la selva y el ejército ha llevado a cabo sus propios ejercicios de combate en la selva en la zona del canal de Panamá. Además, según el noticiero del canal ABC, el Pentágono también ha desarrollado una serie de operaciones de comando simuladas en el suroeste de Estados Unidos, en las que es de suponer que participarían “boinas verdes”, “boinas negras” (los batallones “Llanero” del ejército) y la “luz azul”, fuerza antiterrorista supersecreta estacionada en Fort Bragg.

—Con la formación de la “fuerza de despliegue rápido” (FDR), los Estados Unidos tienen ahora —por primera vez después de Vietnam— una fuerza considerable, específicamente diseñada para intervenir en situaciones fuera de la OTAN. Y en tanto la función principal de la nueva unidad consistirá en asegurar la exportación de petróleo del Medio Oriente, elementos de la FDR están siendo entrenados también para hacer operaciones de contrainsurgencia en otras zonas, entre las que se incluye Centroamérica y el área del Caribe.

—Reconociendo la creciente amenaza de insurrecciones urbanas tales como las ocurridas en Irlanda del Norte y en Teherán, el ejército norteamericano colaboró recientemente con la “asociación para preparar la defensa” en patrocinar un simpo-

sio sobre “Operaciones militares en zonas urbanas”. La reunión, calificada como CONFIDENCIAL, se llevó a cabo en Adelphi, Maryland, en los laboratorios Harry Diamond, e incluyó conferencias impartidas por oficiales norteamericanos, británicos y alemanes (de la República Federal de Alemania).

Estas medidas y otras similares indican que en los más altos niveles políticos de Washington, existe un creciente compromiso con formas no-conventionales de guerra. Las medidas se ven acompañadas, además, por un esfuerzo político por rehabilitar la contrainsurgencia como instrumento legítimo de la política militar. En un número reciente de *Naval Institute Proceedings*, por ejemplo, dos antiguos especialistas en contrainsurgencia escribieron que “Durante los próximos 20 años, las revoluciones, las guerras civiles, las hostilidades étnicas, las guerras fronterizas y los conflictos por causas ajenas, todas estas cosas estarán a la orden del día” y que sólo las fuerzas especiales ofrecen “una forma de resolver tales disputas sin desencadenar una guerra nuclear”. Este artículo fue recogido más tarde en el *Congressional Record* por el representante Bennett, quien afirmó en un preámbulo que las fuerzas especiales “nos proporcionan una capacidad única para enfrentarnos a desafíos de carácter no-conventional y destructivo”.

Estas opiniones, que son compartidas por muchos de los estrategas que forman parte del séquito de Reagan, van a convertirse seguramente en la doctrina oficial dentro de muy poco tiempo. Y al juzgar por lo que pasó durante los años 60, cuando la obsesión de Kennedy con la guerrilla nos llevó a Vietnam, el nuevo capricho con la contrainsurgencia producirá probablemente resultados igual de calamitosos. Si las tendencias actuales continúan, los Estados Unidos podrían verse arrastrados muy pronto

hacia nuevas aventuras militares en lugares como Centroamérica, Africa del Norte, la Península Arábiga y, una vez más, el sureste de Asia. Pero antes de discutir estos posibles puntos de conflicto, es importante demostrar cómo la misma doctrina de contrainsurgencia está siendo renovada con el fin de eliminar las muchas falacias que quedaron al descubierto en Vietnam y para anticipar las probables situaciones de los años 80.

Tal como había sido concebida originalmente por los estrategas de la época de Kennedy, la contrainsurgencia constituía una campaña de dos frentes para derrotar a los guerrilleros y también reforzar aquellos regímenes en el Tercer Mundo que fueran inestables.

—En primer lugar, un *esfuerzo militar* por localizar las células y las fuerzas insurgentes, por aislarlas del resto de la población y luego destruirlas con armas y tecnología superiores. La responsabilidad principal por este esfuerzo la habrían de asumir las fuerzas militares y policíacas del país huésped, con el apoyo, cuando fuera necesario, de asesores y técnicos norteamericanos.

—En segundo lugar, un *esfuerzo político-económico* (a veces llamado “la otra guerra”) por remediar injusticias locales y por elevar el nivel de bienestar material de la población y generar así el apoyo del pueblo al gobierno entonces en el poder. Este esfuerzo, que según se decía era por “ganar el corazón y el espíritu de la gente”, se consideraba dentro de las responsabilidades de agencias civiles, administradas por funcionarios fieles, con la ayuda de especialistas civiles reclutados en las universidades norteamericanas y en otras organizaciones no gubernamentales.

Implícita en esta actitud estaba la idea de que se podría persuadir al gobierno en cuestión, a pesar

de ser éste posiblemente corrupto o poco democrático en ciertos aspectos, a que hiciera las reformas necesarias para ganar el apoyo popular. Y, ya que los Estados Unidos se veían a sí mismo como un Estado más que como una potencia colonialista, esta estrategia presuponía, además, que el gobierno huésped habría de asumir la responsabilidad principal por el esfuerzo de contrainsurgencia, mientras que la participación norteamericana se limitaría, en cuanto fuera posible, a funciones de asesoría y abastecimiento.

Conforme avanzaba la guerra en Vietnam, estas hipótesis resultaron ser terriblemente falaces; las fuerzas norteamericanas quedaron empantanadas en una cruzada larga e inútil por salvar el régimen corrupto de Saigón. Aunque Washington intentó remediar la situación con envíos cada vez más grandes de armas, los principios originales de la contrainsurgencia habían sido abandonados mucho tiempo antes de que las tropas norteamericanas fueran retiradas por fin de Indochina.

Para algunos estrategas norteamericanos, la experiencia de Vietnam resultó tan traumática que dejaron de creer en la contrainsurgencia por completo y prefirieron ocuparse de problemas estratégicos más convencionales como la defensa de Europa occidental. “El cambio más notorio en el pensamiento militar acerca de situaciones en el Tercer Mundo”, dijo en 1979 el profesor John E. Osgood de la John Hopkins University, “ha sido la sustitución de la confianza de los sesentas...por las dudas actuales acerca de la capacidad de los Estados Unidos para intervenir con eficacia” en conflictos de tipo guerrillero. Sin embargo, algunos estrategas se negaron a darse por vencidos y, como explicó Osgood en *Limited War Revisited*, intentaron asimilar “las lecciones de Vietnam” y elaborar una nueva doc-

trina de contrainsurgencia basada en un visión más realista de los conflictos insurgentes.

Aunque todavía no se ha dado ningún cuerpo de doctrina plenamente desarrollado que reemplace las estrategias del periodo de Kennedy, la política y los ejercicios militares recientes parecen indicar la presencia de ciertos temas recurrentes. Detrás de estas nuevas políticas hay una actitud muy diferente con respecto a las hipótesis esenciales de la contrainsurgencia. Ya no se considera al contrainsurgente como trabajador sobrehumano del cuerpo de paz, encargado de ganarse el apoyo de los campesinos para apartarlos de las filosofías foráneas de Ho Chi Minh y del "Che Guevara". Mientras que los estrategas del periodo de Kennedy creían que para tener éxito lo más importante era esta lucha *política* por ganar "el corazón y el espíritu" de los pueblos del Tercer Mundo, los contrainsurgentes de hoy tienden a confiar exclusivamente en los medios militares para vencer a la insurgencia. Ha desaparecido también toda ilusión con respecto a conseguir que los gobiernos del Tercer Mundo hagan reformas: los aliados en la contrainsurgencia hoy en día son escogidos por su perseverancia bajo el fuego y no por su interés en introducir el progreso social y económico. Y en lugar de los programas de educación y de desarrollo de "la otra guerra", los contrainsurgentes de hoy ponen énfasis en la utilización de tecnología moderna para realzar la ventaja militar que tiene el gobierno frente a los insurgentes.

De esta actitud cínica y mecánica se desprenden los siguiente elementos de la contrainsurgencia:

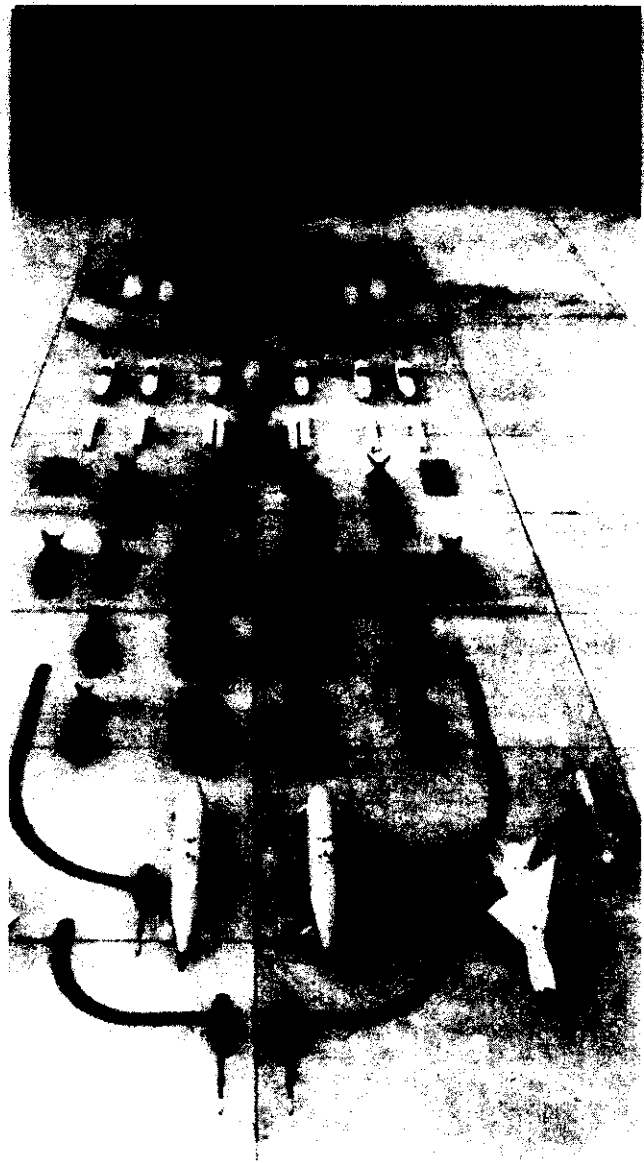
1 "*Medicina preventiva*". En lugar de esperar hasta que los insurgentes estén armados y activos antes de iniciar contramedidas, la actual doctrina de contrainsurgencia exige la identificación, la detención y el encarcelamiento (o, de una vez, el ase-

sinato) de aquellos sospechosos de ser disidentes antes de que puedan organizar células insurgentes. Para tener éxito, estos esfuerzos necesitan que la policía y los espías del gobierno estén velando constantemente, atentos al comportamiento de los ciudadanos, con ayuda de sistemas modernos de espionaje, vigilancia y procesamiento de datos. Tales medidas, que se han vuelto muy comunes en muchos países del Tercer Mundo que se encuentran bajo ley marcial, son consideradas como "medicina preventiva" por los estrategas norteamericanos porque, en teoría, excluyen la necesidad de una intervención militar en gran escala, como la que se realizó en Vietnam. "Mantener una vigilancia eficaz es como hacer medicina preventiva", dijo alguna vez el antiguo subsecretario de Estado, Alexis Johnson, "La policía puede hacer frente a las amenazas al orden interno cuando todavía se están gestando. Si no está dispuesta a hacerlo, tal vez será necesaria una 'cirugía mayor', en el sentido de que una fuerza bastante grande (es decir, una intervención militar), sería necesaria para detener esas amenazas. Esa acción sería dolorosa, costosa y perjudicial en sí".

2 *Contrainsurgencia urbana*. Mientras que las estrategias anteriores de contrainsurgencia se ocupan casi exclusivamente de la amenaza de la guerrilla rural, la doctrina actual pone énfasis principalmente en el problema de la insurrección urbana. Este cambio refleja tanto la creciente urbanización de las sociedades del Tercer Mundo como el hecho de que los movimientos revolucionarios dirigen sus esfuerzos organizativos cada vez más hacia los habitantes subempleados y empobrecidos de los barrios marginales que circundan a la mayor parte de las ciudades del Tercer Mundo. En muchos de esos países, advierte el profesor Lucian Pye del Instituto Tecnológico de Massachussetts (MIT), "las enormes

poblaciones urbanas se encuentran tan politizadas que, en cierto sentido, constituyen pistolas cargadas y apuntadas indirectamente a los gobiernos responsables". Para preservar el orden ante la presencia de estas "pistolas", los estrategas norteamericanos están a favor de crear fuerzas políticas militarizadas omnipresentes, equipadas con un arsenal sofisticado de municiones para controlar motines y combatir terroristas. Arriba, en el aire, helicópteros cañoneros dan una constante advertencia del poder del gobierno, mientras que abajo, en tierra, equipos "S.W.A.T." y patrullas armadas recorren las calles en busca de individuos sospechosos de ser disidentes. Esta táctica, que ya ha sido ampliamente probada en ciudades como Buenos Aires, Belfast y Manila, está siendo refinada ahora para ser utilizada en otros países —muchos de ellos pertenecientes al mundo industrializado— donde parece probable que puedan haber disturbios urbanos en los próximos años.

3 *Despliegue rápido.* Mientras que los asesores de Kennedy recomendaban que se hiciera una escalada moderada y *gradual* con las fuerzas en Indochina — para preservar el mito del liderazgo de Vietnam del sur en la lucha de contrainsurgencia— todos los contrainsurgentes de hoy creen en la necesidad de un despliegue masivo y *rápido* de las tropas para poder vencer a las fuerzas insurgentes antes de que puedan ganar el apoyo de la población nativa y desencadenar así el tipo de lucha prolongada (y finalmente inútil) que se dio en Vietnam. Este principio fue reconocido explícitamente en el nuevo nombre de "fuerza de despliegue rápido" que se dio a la nueva brigada de intervención norteamericana, así como en los ejercicios realizados recientemente que implicaban el transporte aéreo de tropas, con base en Estados Unidos, a zonas de conflicto potencial



en el Medio Oriente. Para hacer frente a las futuras crisis en el Tercer Mundo, el saliente secretario de defensa, Harold Brown, dijo en 1980 que lo que nos haría falta hacer "no es tanto aumentar las fuerzas de combate sino asegurar nuestra capacidad de movilizar fuerzas adecuadamente entrenadas y equipadas y de transportarlas por distancias muy grandes, con suficiente rapidez para que realmente puedan servir para algo en el lugar del conflicto".

4 *Enorme capacidad armamentista.* De acuerdo con la idea de destruir las fuerzas insurgentes, los estrategas de la contrainsurgencia creen ahora que las tropas del gobierno deberían utilizar toda la gama de armamentos que tienen a su disposición, en lugar de pasar por una lenta escalada militar. En tanto que muchos analistas alguna vez habían defendido la tesis de que la dependencia excesiva de la capacidad armamentista había contribuido a la derrota de los Estados Unidos en Vietnam, los contrainsurgentes de hoy opinan que una dosis bien fuerte de armas, muy al principio de la guerra, hubiera eliminado las fuerzas guerrilleras cuando estaban todavía débiles, mientras que la escalada gradual seguida por las fuerzas norteamericanas permitió que los vietcong sobrevivieran y crecieran; así Washington se vio obligado a seguir una escalada mucho más alta que, de otra manera, no habría sido necesaria. "En Vietnam", observó Osgood en 1979, "el gradualismo permitió que la guerra se prolongara a un costo cada vez mayor y que la oposición popular creciera y todo esto sin la satisfacción de poder anticipar una victoria bien definida". Se puede concluir, por tanto, "que los Estados Unidos hubieran podido ganar la guerra, y debieron haberla ganado, por medio de una escalada más inmediata y más extensa". Esta "lección", como la llamó Osgood, seguramente la tomará en cuenta la "fuerza de despliegue rápido"

que, con toda probabilidad piensa utilizar toda la gama de armas norteamericanas al comienzo mismo de cualquier futura intervención en el Tercer Mundo. Y si las armas convencionales no permiten una victoria más rápida y económica, funcionarios del Pentágono reconocen que están "contemplando la posibilidad de utilizar armas nucleares específicas para asegurar el éxito".

Estos principios, aunque no tan plenamente articulados como los del periodo de Kennedy, forman parte de lo que rápidamente se está convirtiendo en una doctrina unificada de contrainsurgencia. Por otra parte, resulta cada vez más evidente que esta doctrina va a aplicarse muy extensamente en los próximos años. La creación de la "fuerza de despliegue rápido", los recientes ejercicios de esta fuerza en Egipto y las otras novedades mencionadas antes, parecen indicar que el gobierno de Washington está cada vez más dispuesto a intervenir militarmente dónde y cuándo considere que tal acción resulta necesaria.

Lo único que queda por averiguar es *cuándo* y *dónde* van a estar combatiendo las fuerzas norteamericanas. Mientras que nadie puede saberlo con seguridad, varios conflictos en el Tercer Mundo parecen invitar especialmente a la contrainsurgencia estadounidense:

El Salvador, donde las fuerzas leales al gobierno, con el apoyo de los Estados Unidos, están combatiendo a una coalición muy flexible de grupos de oposición denominada "Frente Democrático Revolucionario". En los últimos días de su administración, el presidente Carter pasó por encima de las restricciones impuestas por el Congreso sobre envío de armas, con el fin de hacer llegar a toda prisa al ejército salvadoreño varios helicópteros y otros equipos. Especialistas norteamericanos en la contrain-

surgencia ya están operando en El Salvador y es muy probable que Reagan despliegue allí todavía más asesores militares y a la vez aumente los envíos de armamentos. Ya que el conflicto salvadoreño podría desbordar fácilmente hacia los vecinos países de Honduras y Nicaragua, es muy posible que la participación norteamericana desemboque finalmente en una conflagración regional.

Omán, donde el gobernante autócrata del país, el sultán Qaboos bin Said, desde hace tiempo está combatiendo fuerzas rebeldes en la provincia de Dhofar. A mediados de los años setenta, los insurgentes, organizados como el "Frente Popular para la Liberación de Omán y del golfo Arábigo" (FPL-OGA), fueron casi derrotados por una combinación de fuerzas omaníes, jordanas e iraníes que operaban desde una base en Salalh; sin embargo, la provincia de Dhofar nunca fue apaciguada por completo y, según ciertos informes, se ha intensificado la actividad guerrillera (atribuida normalmente, en los comunicados oficiales, a la intervención por parte de las fuerzas del vecino país de Yemen del sur, que está provisto de equipo soviético). Como Irán ya no está dispuesto a servir como "gendarme regional", el sultán Qaboos ha acudido a los Estados Unidos en busca de más ayuda militar y como Washington busca establecer bases en el golfo Pérsico para tener lugar de entrenamiento para las FDR, esta ayuda ha ido aumentando constantemente. Los asesores norteamericanos ya están ayudando a las fuerzas armadas del sultán y es posible que destacamentos más grandes sean enviados dentro de poco. Y si las fuerzas yemeníes llegan a unirse a los guerrilleros del FPLOGA, posibilidad no del todo improbable dada la enemistad histórica entre Omán y el Yemen —es casi inevitable que intervengan los norteamericanos. Como dijo el capitán Richard A.

Stewart del cuerpo de Marina en un número reciente de *Naval Institute Proceedings*: "Grandes acontecimientos en esta región crítica e inestable podrían hacer que Omán, Muscat y Salalah sean nombres tan familiares como Inchon, Da Nang y Teherán".

El Sahara occidental, en el que fuerzas marroquíes han estado librando una durísima guerra en el desierto en contra de los guerrilleros del Frente Polisario. Originalmente territorio español, esta zona en fosfatos fue ocupada por Marruecos y Mauritania después de que el gobierno de Madrid se retirara en 1976. La población nativa, la mayor parte de ella nómada, no fue jamás consultada durante este cambio y, desde entonces, se ha opuesto siempre a la ocupación marroquí (los mauritanios se retiraron del conflicto en 1978). Al principio el gobierno de Washinton se negó a reconocer la soberanía marroquí sobre el Sahara occidental y rechazó las solicitudes que hizo el rey Hassán de equipo para la contrainsurgencia; sin embargo, en 1980, el presidente Carter (presionado por Zbigniew Brzezinski) pasó por encima del departamento de estado y aprobó la venta de seis aviones tipo Rockwell OV-10 "Bronco" de contrainsurgencia y veinticuatro helicópteros cañoneros tipo Hughes 500-MD para ser utilizados en la guerra del Sahara. Aunque la presencia de Estados Unidos se limita a unos cuantos técnicos y asesores, esta presencia podría ampliarse fácilmente conforme Washington vaya aumentando su apoyo al rey Hassán, que es eminentemente prooccidental.

Angola y Zaire, donde los Estados Unidos han estado involucrados, a intervalos, en los conflictos guerrilleros de la región. En Angola probablemente se volverá a recibir ayuda de los Estados Unidos, dirigida a las fuerzas antigubernamentales tanto del

norte como del sur; esta ayuda fue prohibida por la Enmienda Clark al "Proyecto de ley sobre ayuda al exterior" de 1976, pero ahora puede volver a prestarse bajo la nueva legislación adoptada el año pasado. El presidente Reagan ya ha prometido quitar las actuales restricciones que limitan las operaciones secretas llevadas a cabo por la C.I.A. y es muy probable que Angola —que tiene un régimen marxista y que recibe ayuda militar de Cuba— resulte uno de los primeros objetivos de tales operaciones. Al otro lado de la frontera, en Zaire, las fuerzas insurgentes han organizado dos insurrecciones en la provincia de Shaba (una zona rica en metales) y en ambas ocasiones las unidades norteamericanas de apoyo se utilizaron para abastecer a las fuerzas francesas, belgas y marroquíes introducidas para restaurar el orden. A pesar de los grandes esfuerzos realizados por aumentar la capacidad militar de Zaire, la región sigue muy inestable y es posible que las fuerzas norteamericanas intervengan si hay otra insurrección en Shaba.

El surerte de Asia, región en la que conflictos guerrilleros que llevan tiempo hirviendo en Birmania, Tailandia, Indonesia y las Islas Filipinas, podrían dar pie a una intervención norteamericana. Aunque

la mayor parte de los líderes estadounidenses tomó la decisión alguna vez de "nunca más" volver a introducir fuerzas de combate en esta zona volátil, la ayuda militar norteamericana ha ido aumentando constantemente en los últimos años y es sólo cuestión de tiempo para que el número de asesores norteamericanos enviados allí alcance cifras significativas. Y mientras que Washington, sin duda alguna, busca evitar los grandes compromisos, la creciente preocupación acerca de la guerrilla podría terminar impulsando a los líderes norteamericanos a correr el riesgo de involucrarse en otro conflicto tropical prolongado.

En este momento es muy pronto todavía para determinar cuál de estas regiones va a servir como próxima zona de pruebas para las tácticas de la contrainsurgencia. Lo que sí es seguro es que la mayor parte de las inhibiciones que alguna vez impidieron que el gobierno de Washington emprendiera otra guerra de Vietnam, ya no existen. Como observó recientemente William Arkin, del "Centro de investigación sobre defensa", "nada simboliza tan bien la desaparición del síndrome de Vietnam como el esfuerzo actual por resucitar la contra-insurgencia".